

Caminar en la fe.

Y si tenemos que sufrir o perder ciertas oportunidades o dejar pasar ciertas situaciones... por ser fieles al Señor, por responder a su palabra con verdad, no lo dudemos (Fil 1, 27-30). Sabed que Él será nuestra fuerza y su Espíritu nos convertirá en *lumberas de Dios en medio de un mundo* que buscándose solo a sí mismos y apartándose de Dios terminará por encontrar su gozo vacío y sin futuro (Fil 2, 15).

Si lo hacemos así, sosteniéndonos mutuamente, iremos gustando las delicias de la vida de Dios: su amor generoso, el gozo de la comunión donde las bendiciones de Dios se reparten multiplicándose.

Escondidos en Dios

Y recojámonos en ese silencio orante donde los humildes escuchan la presencia de Dios. En ese silencio del corazón donde podemos oír latir la vida que palpita anhelante de aquel Amor que la llamó desde la nada para abrazarla y amarla eternamente. Y reunámonos en torno a ese silencio, llenos de cantos y oraciones, donde somos recogidos cada domingo por nuestro Hermano mayor, Jesucristo, que nos guía con su palabra y nos alimenta con su cuerpo, que nos consuela y alienta con su presencia y dibuja en nuestro encuentro su abrazo de fraternidad eterna. *No abandonéis la eucaristía como algunos tienen por costumbre, sino animaros mutuamente* orando juntos en ella (Hb 10, 25). Que ella os recuerde que *sois partícipes de una vocación celestial* (Hb 3, 1), que Dios es vuestra casa y este mundo está de paso con vosotros hasta que Dios lo sea todo en todos.

Cantad canticos e himnos inspirados pues el Señor os acogió en su familia. Celebrad en la alegría y en la tristeza que estáis en manos del Señor (Fil 4, 6-7). Cristo es el *buen pastor* que nos ha tomado en sus brazos. *Él mismo sabrá hacernos aptos para cumplir la voluntad de Dios* abriéndonos las puertas de los prados eternos de la vida (Hb 13, 20-21). A Él la gloria por los siglos. *Os ruego hermanos que aceptéis esta exhortación y no la echéis en saco roto. La gracia sea con vosotros* (Hb 13, 22.25).

*** **



Este mes te proponemos la meditación pausada de una carta reescrita con ideas y fragmentos del Nuevo Testamento, en especial de la carta a los Hebreos.

Habitualmente el rápido fluir de la vida hace que demos por supuesto que en una primera lectura ya hemos no solo comprendido, sino asumido lo que hemos meditado, pero...

En este ejercicio te invitamos a ralentizar tu lectura y aguzar la escucha del corazón prestando atención a la Palabra que Dios te dirige. Por eso, primero lee toda la carta y luego medítala en pequeñas dosis dándote tiempo para ahondar en tu vida y en la de Dios en un encuentro que se haga diálogo de gracia.

El texto está escrito conservando el lenguaje de las cartas neotestamentarias o dejándose llevar por un lenguaje que intenta invitar al encuentro con Dios más que a enseñar verdades a la cabeza. Tú deberás poner a través de tu oración la carne que le hace falta al texto para que se haga verdadero.

Las citas que aparecen entre paréntesis reenvían a textos que se han utilizado con cierta libertad y que pueden ayudarte a ahondar en tu oración. Por tanto ten tu Biblia a mano.

Este ejercicio puede servirte para que, si no lo haces, te animes a leer las cartas que aparecen en el Nuevo Testamento. O si ya lo haces para retomarlas en algunos de sus aspectos y ahondar en ellos.

La fe recibida

Hermanos, ahora que se abren tiempos nuevos volvamos a la escuela de la fe que recibimos y que puede revelar, también en estos días, toda su fuerza haciendo de nosotros hombres nuevos para el mundo.

Recordad que aunque conocimos a ese Dios lejano e incluso hostil que parecía dejarnos vagar perdidos en el mundo o nos vigilaba con ojos inquisidores, ahora, de la mano de Cristo, sabemos de su cercanía y benevolencia. Él mismo abrió las puertas de su corazón cuando nos entregó a su Hijo como *camino verdad y vida* para todos. Y en su amor hasta la muerte, y *muerte de cruz*, nos hizo comprender que Dios es solo amor sobreabundante, amor creador que desborda en perdón, amor abierto en confianza para ser solo amor en nuestras vidas (Hb 12, 18-24).

Ahora la niebla que nos ocultaba la verdad de Dios se ha disipado en la carne de Jesús y tras sus huellas podemos acercarnos a la ciudad de la vida donde están inscritos nuestros nombres para siempre (Lc 10, 17-24).

Ahora sabemos que, incluso cuando estamos crucificados por la vida, la compasión de Dios nos guarda (2Cor 12, 7-10); que, incluso cuando estamos crucificados por nuestro pecado, la misericordia de Dios nos aguarda (Lc 23, 40-43).

Una fe que atraviesa el desierto (Benedicto XVI)

Ya sé que camináis envueltos por las tristezas de este mundo difícil, que el peso de la vida a veces se hace duro de llevar, que la vida despreocupada de los satisfechos nos tienta el corazón como una burla hasta hacernos dudar (más de lo que nos damos cuenta) de la verdad, la bondad y la belleza de nuestra fe. Ya sé que las fuerzas de la esperanza parecen agotarse en nuestro débil corazón tentado a desesperar y arrojar la toalla en el esfuerzo por vivir con confianza los caminos del Señor.

Pero recordemos la fe de esa *nube de testigos* que nos antecede y acompaña (Hb 12, 1) y digamos de su mano: *no nos dejes caer en la tentación*. Acordaos de Abraham y de Sara su mujer, y de tantos otros que *murieron sin haber alcanzado la realización de las promesas, pero a la luz de la fe perseveraron como peregrinos aspirando a una patria de vida plena junto a Dios* (Hb 11, 13-16). Recordad también a Moisés que atravesó el desierto junto a un pueblo a veces animoso otras quejumbroso, pero nunca abandonado por Dios. Tantos... y finalmente María, *dichosa porque creyó* y el Señor pudo completar su obra en ella (Lc 1, 45).

Recordemos y cobremos ánimo porque nosotros conocemos el día en que Dios cumplió sus promesas abriendo para siempre las fuentes de la vida al resucitar a su Hijo de la muerte. Cobremos ánimo pues hemos recibido su Espíritu en nuestros corazones como manantial de vida eterna. Recordemos y alimentémonos del maná que pone en la mesa de su altar mientras vamos de camino.

La esperanza

Hemos de aprender, ¡cuánto nos queda aún!, a poner nuestra confianza en Cristo, *a fijar nuestros ojos en el camino de su vida* para no desesperar (Hb 12, 2-4). Ya no vivimos ingenuamente creyendo que todo saldrá bien, ahora sabemos que el camino de la vida se agotará, que los esfuerzos del amor quizá no terminen por sostener el bien entre nosotros, que los trabajos en que nos empeñamos no siempre darán resultados, que la muerte vive en nuestros cuerpos y en nuestras relaciones, y un día parecerá adueñarse de todo lo que somos. Pero podemos hacernos uno con el cuerpo crucificado de Cristo para entregarnos a Dios y resucitar con Cristo en su amor (Rom 6, 8). Porque Él sabe de nuestros dolores y se compadece de nosotros hasta hacernos uno consigo en el mismo corazón de Dios (Hb 4, 15-16).

Él es el puente hacia la vida, el terreno fértil donde sembrar todo lo que somos y lo que hacemos. Él es el mediador de Dios donde encontramos su abrazo misericordioso, la eterna morada preparada por Dios para acogernos en su misma vida (Hb 10, 19-21). Por eso nuestra esperanza se hace fuerte, lo sabéis, no cuando se siembra en terrenos que pueda agostar las contrariedades de la existencia, nuestra esperanza nace de vivir en Cristo, de sembrarnos en un cuerpo que no puede matar la muerte, que no puede apropiarse el odio, que se ha levantado firme como nuestro hogar definitivo.

La perseverancia

Pero *no esperemos mirando al cielo*, paralizados frente a los poderes de este mundo. *Perseveremos en el amor fraterno*, sin olvidar la hospitalidad para con todos, en especial, para los más necesitados. No olvidemos la defensa de la justicia que Dios quiere para el mundo. Así mostraremos que nuestra fe es verdadera y todos verán que el amor de Dios se multiplica para ellos (Hb 13, 1-6) y podrán alegrarse con la misma alegría que nosotros recibimos de Dios cuando supimos de su amor.